

RODOLFO MATA, *Las vanguardias literarias latinoamericanas y la ciencia. Tablada, Borges, Vallejo y Andrade*, México: Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, 362 págs. (Letras del siglo XX).

La premisa, en el ámbito literario, de que aquello de lo que más se habla es lo que menos se estudia, ha permanecido inalterable con respecto a algunos temas. Las vanguardias latinoamericanas es uno de ellos. Reseñas, estudios y tesis han abordado el tema dando vueltas sobre los mismos ejes: la relación con las vanguardias europeas, el impacto estético de sus propuestas o la trascendencia de su papel innovador en la literatura a nivel nacional e internacional, entre otros. El fruto de estas indagaciones han sido textos que, por sus bases teóricas, se presentan como respuesta y punto final al tema. Los nombres de Guillermo de Torre y Renato Poggioli figuran en la lista. No obstante, el entendimiento de aquella otra premisa que dicta que un tema jamás agota su carga sémica, tomando en cuenta las necesidades interpretativas que impone un contexto temporal y espacialmente determinado, salva del olvido vetas de estudio que cumplen la doble función de profundizar y actualizar un asunto que se presentaba ya desgastado. Esta última premisa es la que rige el estudio crítico *Las vanguardias literarias latinoamericanas y la ciencia*, de Rodolfo Mata. La justificación de vincular estas “dos culturas”, la ciencia y la literatura, como las denominó el inglés Charles Percy Snow, se erige sobre la estrecha convivencia que tuvieron éstas en el periodo de las vanguardias latinoamericanas como dos formas, distintas y complementarias, de aprehender el mundo desde el punto que, en última instancia, las equipara: la epistemología.

La ciencia, el signo mayor bajo el que se rigió el siglo XX, representa para los vanguardistas una posibilidad de subsanar las oquedades de la realidad política, social y económica que generaron los embates colonialistas en una Latinoamérica siempre sujeta a los designios europeos. Representa asimismo una oportunidad para conformarla como la síntesis entre la experiencia de un continente en decadencia y el despunte de otro que cifra el proyecto de consolidarse como la expresión más depurada del idealismo y el racionalismo occidental en conjunción con todos aquellos rasgos que definen la identidad

americana. Para Rodolfo Mata, los poetas que vislumbraron estos horizontes, al parecer tan cercanos en la primera mitad del siglo XX, adoptaron desde su oficio posturas “eufóricas” y “disfóricas” con respecto a la ciencia —tal como las clasifica el investigador y poeta— que les permitieron hacer una valoración más objetiva de este auge científicista tan sobrevalorado por los positivistas. Uno de los aciertos más evidentes de este libro radica en aprehender el pensamiento científico de cuatro de las voces más importantes de la literatura latinoamericana: el argentino Jorge Luis Borges, el mexicano José Juan Tablada, el peruano César Vallejo y el brasileño Oswald de Andrade, autores que por su trascendencia literaria cumplen con la función de “portavoces” culturales, que C. P. Snow ya había identificado como de capital importancia en la difusión científica. El estudio se concentra en profundizar, a través de las obras de los poetas, en el sustrato científicista que les da forma y que configura en gran parte su importancia. El acto de sacar a la luz estos preceptos teóricos implica un entendimiento profundo que sólo una formación tecnocientífica otorga, formación con la que también cuenta el autor. De esta manera, el lector puede estar seguro de que no tropezará con explicaciones engorrosas pues incluso las teorías más complejas, como la teoría de la relatividad de Einstein o el monismo de Haeckel, se elucidan sin complicaciones. El soporte teórico se halla enriquecido, además, por el análisis literario, las referencias biográficas, las descripciones históricas y sobre todo por una mezcla de erudición (basta hojear la bibliografía) y buen humor que facilitan una lectura amena.

De los seis capítulos que comprende el estudio, los dos primeros se concentran en guiar al lector por la historia de “las relaciones entre la ciencia y la literatura”, tal como se titula el primero, y en enterarlo sobre la influencia científicista que ha condicionado y determinado en gran medida la crítica literaria del siglo XX. El segundo capítulo, titulado “Teoría literaria: cientifización de los estudios literarios”, aborda los conceptos que han cruzado de principio a fin este tipo de estudios, tales como teoría, método, objeto de estudio, con la intención de subrayar cómo la autoridad que ha ejercido el discurso científico en el humanista ha eclipsado la validez de éste a tal grado que incluso para una clasificación en los estándares que impone la modernidad es necesario designarlo como “ciencias humanas”, o bien, “ciencias del espíritu”. Aunque el capítulo desarrolla uno de los temas más polémicos para la crítica literaria, afectada quizá más que otras “ciencias humanas”, en sus procesos de legitimarse como investigación —con la pretendida objetividad y el rigor que esto implica— resulta un apartado demasiado especializado para un lector que no esté familiarizado o interesado en la historia, la teoría o la crítica literarias. Es un capítulo que si bien enriquece el tema, puede resultar prescindible en la valoración final sin que el estudio se vea afectado en lo absoluto.

El tercer capítulo está dedicado a José Juan Tablada. En él convergen dos posturas ante la ciencia aparentemente irreconciliables: la primera, de total asentimiento y fe en el impacto social que prometen los avances tecnológicos; la segunda, el cuestionamiento que delimita a la ciencia como sólo una vía de conocimiento que, además, se presenta amenazante en tanto gana terreno en la vida del hombre moderno, alejándolo de lo que, en la visión “arielista” del uruguayo José Enrique Rodó, se denomina “espíritu”. Estas dos líneas de pensamiento llegan a cruzarse en Tablada por, al menos, dos razones. Una de ellas es el papel “pedagógico” que desempeña con su oficio periodístico. Sus reseñas buscan informar a la sociedad mexicana acerca de la cultura, la ciencia y los conocimientos que se producen fuera del país. Durante su estancia en Nueva York, el contacto directo con el auge científicista le permite participar en la difusión de las teorías más innovadoras, es decir, las de Einstein, Freud y Ouspensky, entre otras. Al hablar de estos científicos el género mismo de la reseña también resulta innovador, pues a través de él Tablada busca llevar a las masas el conocimiento de las élites. No obstante, en esta pretensión se fundamenta la otra razón para que Tablada se muestre reticente ante el embate científicista. El compromiso que asume como intelectual es, ante todo, ético, y en su percepción de poeta considera que la ciencia es sólo una parte del todo, que, en su conjunto, debe tener un sostén religioso, espiritual. Y este mismo también lo encuentra en Nueva York: la teosofía. Tablada supedita el conocimiento científico al religioso, al comprobar que éste es el que ofrece al ser humano una visión del mundo más profunda y abarcadora. Su contacto con el arquitecto norteamericano Claude Bragdon y con las teorías de P.D. Ouspensky le permite formular una correspondencia entre la conciencia humana y la conciencia cósmica, a través de las teorías de la cuarta dimensión sustentadas por estos pensadores y de la teosofía de Madame Blavatsky que, en primera instancia, no se presenta como un sistema de creencias sino como una forma de conocimiento. De esta manera, el capítulo estudia las correspondencias entre estas dos formas de aprehender el mundo y las muestra a la luz del análisis de algunos poemas y crónicas del autor mexicano.

En el capítulo cuarto se estudia la relación de Borges con la ciencia a través, principalmente, de su etapa ultraísta. Las vanguardias literarias, como se sabe, produjeron un sinnúmero de manifiestos: textos que resumían una estética en una serie de premisas. Lo cierto es que éstos, considerados como el mayor aporte de las vanguardias, se presentan como muestrarios de los modelos científicos adoptados por la literatura. En su afán legitimador, como certeramente se denomina en el libro a esta influencia, los escritores buscaron integrarse a la apabullante evolución científica a través de su entronización ya fuera como tema, como lenguaje o como estética. Aquella frase que reza “si no puedes con el enemigo, únete”, carece, para el siempre irreverente

Borges, de fundamento. Para el poeta argentino la ciencia tiene con la literatura una deuda de peso: la metáfora. Ésta es, según Borges, la piedra donde se erige el discurso científico. Su pretendidamente incuestionable coherencia, lógica y concisión se fundamenta en un recurso literario de carácter esencial para los científicos pues para explicar las teorías, se valen de las únicas imágenes que son capaces de sintetizar lo antitético, de concretar lo abstracto. La irreverencia de Borges va más allá cuando se interesa por las teorías de la cuarta dimensión, principalmente, la del “filósofo del hiperespacio”, Charles Howard Hinton. Al finalizar este capítulo resulta fácil para el lector entender la obsesión de Borges por los espejos, la geometría, la tridimensionalidad y el tiempo. Más interesante aún es observar el acercamiento que Borges tiene con la ciencia desde una postura desafiante que cuestiona su hegemonía filosófica y la nivela con la ficción: la autoridad científica, a los ojos del poeta, no tiene una validez incuestionable.

El quinto capítulo se concentra en el análisis de la obra de César Vallejo. Y hablar de él significa adentrarse en un laberinto, no sólo porque su obra más famosa, *Trilce*, continúa siendo un reto a la razón, sino porque las vicisitudes emocionales de la vida del poeta peruano están entrelazadas a su obra. En primer lugar, salta a la vista la apropiación que hace Vallejo del léxico científico para ejercer la función nominativa, tan propia de la poesía, de una realidad que se percibe fragmentaria, caótica, incoherente. Su estilo, denominado por Enrique Ballón como “barroco industrial”, constituye toda una nueva visión de la poesía, del mundo y del ser humano. El punto de partida es, nuevamente, la simbiosis entre la ciencia y la religión, entre el monismo de Haeckel y el cristianismo. Rodolfo Mata analiza la dialéctica que se establece entre estos ámbitos en la poesía de Vallejo, subrayando la importancia de algunos temas, como el de la insistencia de los números en *Trilce*, y entreverando pasajes de la vida del poeta esenciales, en muchos casos, para entender su obra. A diferencia de Tablada, Vallejo no sobrepone la religión a la ciencia, sino la política: el marxismo se erige como un discurso unificador que cumple con la función de salvaguardar a las víctimas de un mundo que se rige por una tecnología que rezaga paulatinamente a los seres humanos, que los vuelve prescindibles del todo.

El último capítulo nos presenta la mordacidad y la inteligencia con que Oswald de Andrade se enfrenta a las “serias” teorías científicas. Su postura se define por un cuestionamiento constante al discurso occidental. Se ríe de éste a carcajadas al demostrar que no es posible imponer en América un discurso que ha llevado a Occidente a la decadencia. Si el primitivismo es el punto de partida y, al parecer, el punto de llegada, por qué no basarse en él, se pregunta Andrade, para formular una teoría que explique una realidad, la latinoamericana que, en este caso, funciona como una “reserva utópica”, según la denomina el autor del estudio. Así, el poeta brasileño se da a la tarea de sustentar

la teoría antropofágica, que le propone al americano comerse al enemigo y, a través de un proceso asimilatorio, fortalecerse con aquello que le sirve y desecharlo lo que le estorba en su proceso evolutivo. El enemigo es Europa, pero también el colonialismo presente aún en la cultura americana. De esta manera, se contraponen el sistema matriarcal de las culturas indígenas al patriarcal de Occidente, y exporta la cultura aborígen a Europa no sólo como estética sino como ética. Sin embargo, este continente lo acoge como “exotismo” y, como tantas otras exportaciones americanas, termina reduciéndolo. Las propuestas del poeta brasileño se resumen en el título de este capítulo: “Oswald de Andrade: primitivismo y tecnificación o el futuro del pasado”.

Al destacar la necesidad de penetrar en la relación que mantienen el discurso literario y científico, se abre un panorama crítico en donde es posible observar la dialéctica existente entre estos dos terrenos en los que durante mucho tiempo se consideró riesgoso e imprudente pisar. La alternativa de análisis que presenta *Las vanguardias literarias latinoamericanas y la ciencia*, adquiere mayor importancia si tomamos en cuenta que es un tema vigente con muchas interrogantes que continúan sin respuesta hasta nuestros días: ¿la ciencia debe asumir una responsabilidad ética? ¿Puede justificarse el progreso tecnológico que sólo contempla fines lucrativos? ¿Cuáles son los mecanismos por los que el método científico se convierte en el factor legitimante más valorado? Éstas y otras muchas preguntas surgen cuando se cuestiona el papel social que ha desempeñado la ciencia. Como contraparte, la literatura latinoamericana ha intentado responderlas ya sea subvirtiendo la autoridad del discurso científico, utilizando sus mismos procedimientos, hasta presentarlo como un saber que participa en igual o mayor grado de la creación artística, como la concibe Borges, o bien, formulando propuestas teóricas que pueden explicar mejor una realidad determinada, como es el caso del “Manifiesto antropófago” de Oswald de Andrade. Ante la autoridad de la que aún goza la ciencia, la literatura ofrece una visión más confiable si partimos de que ésta se alimenta de todos los discursos y goza, por lo tanto, de una capacidad indiscutible de cuestionamiento, tal como se puede apreciar en el recorrido histórico, literario y científico por el que nos conduce este libro. La apuesta mayor del estudio es quizá promover en Latinoamérica una línea de investigación que participe de la dialéctica existente entre las “dos culturas”, más como una propuesta para comprender y aprehender nuestra realidad desde una perspectiva más completa que como una mera crítica literaria destinada a una elite especializada. Una apuesta válida si se considera que la primera partida, la que cifra este libro, fue ganada.

ANA LEONOR CUANDÓN  
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco